

*Dictionarium Latinum Andrologiae, Gynecologiae et Embryologiae ab Antiquitate usque ad XVI saeculum (DILAGE) / Diccionario Latino de Andrología, Ginecología y Embriología desde la Antigüedad al siglo XVI (DILAGE)*, dirigido por Enrique MONTERO CARTELLE, Barcelona-Roma, Fédération Internationale des Instituts d'Études Médiévales (FIDEM), Textes et Études du Moyen Âge 74, 2018, LI + 1045 páginas, ISBN 978-2-503-58163-7

FRANCISCO CORTÉS GABAUDAN  
 Universidad de Salamanca

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5251-5282>  
[corga@usal.es](mailto:corga@usal.es)

DOI: <https://doi.org/10.24197/mrfc.0.2019.255-259>

**E**nrique Montero y su potente equipo con más de una veintena de latinistas ha conseguido llevar a buen puerto después de muchos años un importantísimo trabajo lexicográfico muy necesario y de gran interés, tanto por su ámbito temático como por el cronológico. El resultado es un impresionante diccionario de enorme rigor y valor por aportar mucha información lexicográfica nueva especialmente de las épocas medieval y renacentista. Para ello el equipo de investigadores ha tenido que empezar en algunos casos por hacer ediciones y establecer los textos de muchos de los autores que han sido despojados para esta tarea y no han sido pocos, en total 165 obras (de 118 autores) que cronológicamente van desde el s. I d.C. (Celso, Plinio el Viejo) hasta los primeros años del s. XVII (la obra más reciente incluida es de 1605). Es verdaderamente impresionante el elenco de obras despojadas, todas ellas trabajadas de primera mano gracias a un gran esfuerzo por parte del equipo. Están los médicos (o herboristas) latinos de los ss. IV o V, como Vindiciano, pseudo Apuleyo, Sexto Plácito, Celio Aureliano, Casio Félix, Teodoro Prisciano, o ya en el s. VI Muscio y traducciones latinas de autores griegos como Hipócrates, Alejandro de Trales, Oribasio; en el s. VII encontramos a Isidoro de Sevilla; más adelante en el tiempo, traducciones del árabe de los ss. XII o XIII de autores tan importantes como Abulcasis, Averroes, pseudo Avicena, Al-Razi; en los ss. XI-XII se ha trabajado sobre autores salernitanos (como Constantino Africano, Copho, Trótula, Juan Plateario); ya en el s. XIII Alberto Magno, Guillermo de Saliceto, Arnaldo de Vilanova y en el s. XIV Guido de Chauliac o Bernard de Gordon. Y así, por citar solo los autores más conocidos, llegamos hasta los anatomistas y médicos renacentistas como Fuchs, Zerbi, Vesalio, Paré.

A pesar de la restricción temática, como vemos, están representados en las fuentes del diccionario los principales autores médicos desde la antigüedad hasta el

renacimiento. La especialización en andrología, ginecología y embriología causa alguna dificultad: mientras que la ginecología y obstetricia eran especialidades reconocidas desde la antigüedad, tanto en la práctica como en la teoría, y se atribuyen al propio Hipócrates hasta siete tratados en esas áreas, por no hablar de Sorano y su influjo después en medicina escrita en latín, no se puede decir lo mismo de la andrología que es una especialidad médica mucho más moderna y que no era considerada como tal en los escritos médicos antiguos. Esta distorsión se refleja muy claramente si uno lee los títulos de las obras que se han usado como fuente, se pueden encontrar muchos referidos a enfermedades de la mujer, al coito, al desarrollo del embarazo y parto, pero poquísimos que tengan al varón como objeto preferente (solo dos tratados sobre el esperma). Por ello si uno recorre las entradas del diccionario es bastante evidente que son muchos más los términos de ginecología y obstetricia que los de andrología. Más allá de estas asimetrías es verdad que esas especialidades tienen un recorrido amplio en cuanto que abarcan anatomía, fisiología y patología. Es totalmente cierto lo que se afirma en la introducción que “ha exigido para su redacción estudios y conocimientos profundos de la anatomía, la fisiología, la patología y la terapéutica antiguas, medievales y renacentistas, lo que a menudo condujo a planteamientos filosóficos y teológicos de difícil interpretación.”

El diccionario tiene una gran exigencia metodológica basada en las pautas del *Thesaurus Linguae Latinae* y del *Mittellateinisches Wörterbuch bis zum ausgehenden 13. Jahrhundert*, como se indica en la introducción. Y el resultado desde un punto de vista metodológico está a la altura de estas grandes obras lexicográficas admiradas por todos, lo que, desde luego es un mérito enorme.

Como se dice en la introducción, p. XXIII, “Es un diccionario de autoridades ‘totalizador’: no se limita a ilustrar cada lema con unos pocos casos significativos, sino que en todas las acepciones de cada término se citan siempre ejemplos de todos los autores que lo emplean a lo largo de todas las épocas del estudio, con lo que ello supone de información positiva y negativa para apreciar tendencias léxicas en autores, zonas, escuelas médicas y momentos cronológicos, así como para rastrear el uso de cada término desde su primera aparición en latín”.

Cada entrada presenta el lema en latín, información etimológica especialmente si se trata de helenismos o arabismos, las distintas acepciones redactadas en latín y español (con el equivalente moderno del término cuando es pertinente, con la dificultad objetiva que ello conlleva, pero con gran ventaja para el usuario que agradece enormemente este esfuerzo actualizador). Se distinguen con rigor todas las particularidades de sentido, así por ej. en *fluxus* se distingue un significado general (‘efusión’, ‘curso’, ‘flujo’) y ocho acepciones (referido al flujo de la matriz, referido a la emisión involuntaria de semen, referido a la menstruación, referido a la menstruación patológica, referido a la hemorragia, referido a la leche de la mujer, referido a los loquios, referido al semen). Como se ve, gran rigor y precisión. A esto hay que añadir lo que quizá sea la parte más impresionante del diccionario, la documentación de cada entrada mediante textos generalmente largos para que se vean

los términos en sus contextos que van desde el primer autor que emplea el término de referencia hasta el último. Por si esto fuera poco, se reenvía a términos sinónimos y si es pertinente al *Diccionario Español de Textos Médicos Antiguos (DE-TEMA)*, “para dejar marcado el camino de la pervivencia de cada término” (p. XXII). El resultado es una documentación abundantísima y muy pertinente para cada lema, a partir de textos a los que es muy difícil llegar y muy poco conocidos, de los que se han extraído cuidadosamente todas las palabras relevantes en el ámbito de la ginecología, embriología y andrología.

Es verdad que ese nivel de exigencia puede dificultar en algunos casos su uso a estudiosos sin formación filológica y más concretamente latina. Así, se evita repetir información ya recogida en los diccionarios latinos citados lo cual es, sin duda, una prueba de rigor metodológico, pero quizá con el inconveniente de que no son muchos los estudiosos de historia de la medicina o médicos en general que tengan acceso a esas obras especializadas. Así por poner como ejemplo la primera palabra con la que se abre el diccionario, *abdomen*. Sorprende que no se mencione que aparece en Celso (4,1,13) en s. I d.C. en un texto referido a la anatomía de la mujer, por tanto ginecológico, siendo Celso un autor que aparece en el listado de fuentes del diccionario. La omisión, pensamos que voluntaria, se debe a que es un texto citado ya por los diccionarios generales de latín, como el *Oxford Latin Dictionary*, el *Latin Dictionary* de Lewis-Short, etc. y, por supuesto, por el *TLL*. Sin embargo sería de utilidad para un lector no familiarizado con esos recursos lexicográficos saber que se empleaba como término médico anatómico ya en el s. I d.C., aunque sea verdad que el uso más habitual en la antigüedad o época medieval era para referirse al vientre de los animales, sobre todo el cerdo, como alimento, o referido a humanos como peyorativo, como ‘panza’, en referencia a la glotonería. Todos los autores citados en *DILAGE* en esta entrada son renacentistas. En efecto, es probable que el uso anatómico presente en lenguas modernas proceda de textos renacentistas como los citados que rescataron el valor anatómico que tenía en Celso, por ello habría sido útil la referencia a ese texto de Celso aunque no sea información nueva y esté recogida ya en otros diccionarios.

Por otra parte, por seguir con ese lema como ejemplo, tenemos dudas sobre si ha sido acertado haber prescindido de información sobre la cantidad vocálica en los lemas; es cierto que debido a la fecha de la mayor parte de los textos, la oposición de cantidad había desaparecido en casi todos ellos, pero es un dato muy relevante para explicar la acentuación española, y quizá por ello debería haberse mantenido esa información y haber escrito *abdōmen*. De nuevo creemos que se ha exagerado el rigor metodológico.

En *hymen* sorprende que para la acepción “virginalis membrana” el primer autor citado es Savonarola (en textos de los años 1440-1446) y no se mencione a Isidoro de Sevilla (que aparece como autor despojado en el listado de fuentes, fechado en ca. 620), quien afirma, como señala el *TLL* s.v. *hymenaeus*, en *orig.* 9,7,22 “... ἄπὸ τοῦ ὕμέως, quae membrana virginitatis est claustrum”, recogiendo una infor-

mación del gramático Donato (s. IV d.C.) en la que afirma que “hymen dicatur membrana quaedam, qua est munita virginitas, quae primo corrumpitur coitu” (*Ter.Ad.* 904). En este caso la omisión se debe, de nuevo, a un exceso de rigor metodológico, en cuanto que Donato, que usa *hymen* escrito en caracteres latinos, no es un autor que se haya utilizado como fuente por motivos temáticos evidentes, mientras que en el texto de Isidoro la palabra está escrita en griego y por eso no se ha recogido, pues, como se advierte en las páginas preliminares del Diccionario (p. XXI), “no constituyen entrada los términos griegos no transcritos que puedan encontrarse en las fuentes de nuestro corpus”. Sorprende aún más porque el texto de Donato es citado en extenso por el propio director de la obra, Enrique Montero, en “La renovación de novias en La Celestina y otros autores”, *Celestinesca* 36 (2012) 179-208. En cualquier caso, muchos lectores habrían agradecido la información porque cambia bastante la cronología del uso de *hymen* en el sentido de “virginalis membrana”; que esté escrito en caracteres griegos o latinos es bastante anecdótico desde el punto de vista del historiador de la medicina.

Más allá de estos pequeños inconvenientes, para los estudiosos de la historia de la medicina el *DILAGE* será sin duda un recurso imprescindible por la cantidad de información nueva y desconocida en él contenida, además de forma muy accesible. Los diccionarios con información histórica de lenguas modernas, como el *Oxford English Dictionary (OED)* o *Le Grand Robert*, se olvidan demasiado a menudo del latín renacentista a la hora de establecer la historia de las palabras y silencian que muchas de las palabras médicas antiguas que vuelven a usarse en el Renacimiento en lenguas modernas proceden en realidad de textos latinos tardomedievales o renacentistas. Este nuevo diccionario servirá para corregir ese error de forma muy documentada y obligará a corregir las fechas de introducción y lengua de procedencia de esos términos en lenguaje científico moderno. Así el primer uso moderno de *clitoris* no es en latín en 1537 o en inglés en 1615, como afirma el *OED*, sino en latín renacentista en 1505 en la forma *clitoris*. Ahora sabemos gracias al *DILAGE* que francés *césarienne* (documentado en 1595) o inglés *Caesarean birth* (documentado en 1615) proceden de latín renacentista *sectio caesarea* documentado ya en 1586. O que *nympha* (‘labios menores’) no aparece por generación espontánea en inglés en 1646 o en francés *nymphé* en 1599, sino que se tomaron de latín renacentista donde se documentan ya en 1505. Podremos, por ejemplo, seguir paso a paso la historia de *hystericus* (‘relativo a las afecciones uterinas, en especial la histeria’) desde Prisciano en el s. V d.C., pasando por Aegidius Zamorensis en 1295, para llegar a Nicolas de la Roche o Jean Fernel en 1542. Así podríamos ir multiplicando los ejemplos que demuestran que este nuevo diccionario obligará a cambiar la historia de numerosas palabras y que tendrán que tenerlo muy presente tanto los historiadores de la medicina como los historiadores de la lengua.

Por lo demás la presentación es muy cuidada en todos sus aspectos, claridad tipográfica, pulcritud (no hemos encontrado erratas), encuadernación. En definitiva, una obra magna que resultará imprescindible tanto para latinistas, como estudiosos

de historia de la medicina, médicos en general, historiadores de la lengua o lexicógrafos porque cubre con unos niveles de calidad muy altos el vacío que existía en nuestra información del paso de la ciencia médica antigua a la moderna, si bien es verdad que circunscrito a las áreas temáticas de la ginecología, andrología y embriología.